

denominación abstracta podría precisamente hacer suponer que se trata de una imagen de antepasado.

Ya hemos hablado anteriormente de la significación de ciertos sacrificios que consisten por regla general en maíz y en harina de maíz con la que los zúñis en sus danzas sagradas rociaban á los bailarines, los altares y los ídolos. Este grano es considerado en el Norte tan indispensable aun para invocar diariamente en casa á los dioses que fué preciso ampliar extraordinariamente su cultivo. También los objetos sacrificados eran arrojados al agua corriente, ó suspendidos de los árboles ó clavados en altas estacas: esto último sucedía especialmente con los restos de los animales cazados. Hasta el perro, único animal doméstico que allí se conocía, era inmolido, para lo cual los indios canadienses, según atestigua Lafiteau, los ataban por las patas traseras y los colgaban vivos en una rama de árbol. Asimismo se colocaban en los techos de las cabañas ó en estacas expresamente destinadas á ello sacrificios consistentes en cuentas, frutos y animales. Los tensas cultivaban á son de tambor un gran maizal que consideraban como «campo del espíritu.»

Además de las prohibiciones que en punto á ciertos manjares impone el sistema del totem, encontramos entre estos pueblos una porción de supersticiones relacionadas con la comida. Los nutkas adornaban á los osos que mataban y ponían delante de ellos viandas suplicándoles que las comieran en presencia del caudillo, después de lo cual los descuartizaban. Los tschinukes se comían siempre el corazón de su alimento predilecto, el salmón, estando severamente prohibido que lo comiera un perro: si no se lo comían era preciso quemarlo. Los tehuelches no se ponían á comer sin antes haber arrojado al suelo con escrupulosa religiosidad un pedazo de pan ó de carne murmurando al propio tiempo algunas palabras mágicas para atraerse la benevolencia de Gualichu.

Es indudable que entre estos pueblos existen los sacrificios humanos y la antropofagia, pero en ninguno con carácter de prácticas ordinarias; en donde quiera que las encontramos las vemos fundadas en motivos religiosos, ó en sentimientos de venganza ó en un furor bélico exagerado, siendo consideradas como algo especial y sagrado. Ya Juan Staden dice hablando de los tubinampas que el que con la porra sagrada golpeaba á los esclavos que se cebaban para ser devorados tenía que meterse en cama como si estuviera enfermo y había de dejarse disparar con flechas de cera. Entre los guakultes de la isla de Vancouver el uso de carne humana sólo era permitido á los miembros de la sociedad secreta de los *hametzes* que habían pasado por muchas consagraciones. El término final de éstas consistía en beber sangre de las venas de personas vivas por ellos sorprendidas: esto puede ser una reminiscencia de lo que se cuenta de los haidahes cuyo hechicero-caudillo al regresar del bosque arranca de un mordisco para comérselo un pedazo de carne del brazo del primero á quien encuentra. Duncán habla de ello, aunque no de una manera tan concreta, cuando dice que los sacerdotes de esta misma tribu despedazaban el cadáver de un esclavo: sin embargo, esto sólo podían hacerlo los especialmente consagrados teniendo los demás que contentarse con despedazar perros. Lo propio se nos refiere acerca de los nutkas. Los thlinkites enterraban vivo debajo de la pilastra angular de una casa recién construída á un esclavo que denominaban *Claidi*. Billings dice que también en Kadiak existían los sacrificios de esclavos y que se hacían autos de fe con éstos cuando moría un caudillo. Sproat nos habla de sacrificios humanos entre los nutkas, consignando empero que sólo tenían lugar cada

tres años ó á intervalos mayores. Los indígenas del estrecho de Puget, en cambio, rechazaron la oferta de carne fresca que les hacía Vancouver por creer que era carne humana. Al penetrar Crevaux en una casa de una aldea *makuschi* vió colgada en la puerta una mandíbula inferior y algunas flautas hechas con huesos humanos y echada en un rincón una mano seca y cubierta de cera. Los hombres llevaban pintados de azul oscuro con jagua los brazos y las piernas, los labios y los dientes de negro con ramas de caña de Indias y el borde de los párpados de encarnado vivo con ruku, de modo que algunos de ellos parecían verdaderos demonios; las mujeres tenían el cuerpo, excepción hecha del cuello, pintado de negro con una especie de cau-chú y sobre este fondo ostentaban algunos dibujos blancos y amarillos. En un claro que se extendía junto á aquella casa vió el propio autor un puchero en que se cocía una cabeza de indio: esto y la animación que en la aldea reinaba diéronle á comprender que se trataba de una fiesta antropófaga. Es probable que sólo sean de esta suerte devorados los enemigos, pues el prefecto de Cauca hablando en 1884 de unos indios de Putumayo que cogieron á un joven columbiano dice: «Cierto que son caníbales, pero si comen carne humana no es porque les guste sino para ejercer un acto de venganza con los prisioneros de las tribus enemigas con las cuales están en guerra. Hasta el presente nadie ha oído decir que hayan devorado á un blanco ni á un negro.» Esta distinción nos parece un tanto sutil, pues gústeles ó no la carne humana, lo cierto es que la comen desde hace mucho tiempo y que estas comidas constituyen verdaderas solemnidades. En estos países reaparecen todas las hechicerías extendidas por la tierra que van especialmente ajenas á las partes desprendidas del cuerpo humano. Los polvos de hueso raspados de la pared interna del cráneo evitan entre los nutkas la fecundidad extremada. En Araucania el pelo y la saliva humanos son utilizados para damnificar al individuo de quien proceden: si se ata el pelo á un trozo de alga marina todos los golpes que á él se dan repercuten en el hombre á quien pertenecía; la saliva puesta á secar en una patata produce la tisis en el que la escupió. Dunn hablando del extremo opuesto de América dice que los indios del estrecho de Millbank recogen su propia saliva para llevarla al hechicero á fin de que con ella pueda deshechizar su existencia.

Hablar detalladamente de los sacerdotes de estos pueblos sería repetir con ligeras variantes lo que ya hemos descrito en los capítulos correspondientes al ocuparnos de los africanos y de los australianos-polinesios. El *ichita* de los thlinkites, el *maké* de los pimas, el *honundeunt* de los tscherokis, el *amauta* de los quiches, el *teopisqui* de los mejicanos y el *piái* de los caribes vienen á ser casi el reverso de los típicos camanes. En los territorios del Noroeste y conforme al más alto grado de industria de los pueblos que los habitan, el aparato que rodea al sacerdote ofrece mayor riqueza y en punto á número y variedad de sonajeros y de máscaras no le iguala ni con mucho ninguno de sus colegas africanos y polinesios; en cambio en California sus funciones se reducen á las de simple histrión. Así como en el país *betschuano* el hacedor de lluvia se prepara para sus tareas en el desierto sin más compañía que la de los leones y de las serpientes, en el escabroso Noroeste el que quiere ser conjurador de tempestades y hechicero de caza, en una palabra el que quiere ponerse en condiciones para ser profeta, después de haber sido arrastrado por un oso ha de ser escupido por una ballena adquiriéndose la autoridad sacerdotal sólo por el amuleto de la lengua de víbora arrancada al animal sagrado, según cree Bastián. D'Orbi-

gny hablando de los *moxos* dice una cosa que parece increíble, á saber: que sólo tienen por sacerdote apto á aquel que ha logrado salir ileso de las garras del jaguar, fiera que este pueblo adora como dios. Los dibujos que ostentan los sonajeros de los haidahes recuerdan la mítica «escuela de los camanes» del bosque y del mar. Parécenos oportuno referir el acto importante de la vida del sacerdote, cual es el de la iniciación en el cargo, y para ello acudiremos á Aurelio Krause copiando lo que sobre este particular dice hablando de los thlinkites: «Cuando en el invierno de 1881 á 1882 visitamos Klaufan, la aldea más grande de los indios chilcates, hacía pocas semanas que había fallecido el anciano camán de la tribu de los cuervos y durante nuestra estancia en ella fué consagrado el nuevo sacerdote. Todos los adultos de la referida tribu tenían que ayunar por espacio de cuatro días, los niños sólo dos y el nuevo *ichita*, en cambio, ocho con una sola interrupción. La tribu entera se reunía en la casa del camán fallecido y por la noche se ejecutaban al son de algunos cánticos solemnes danzas al rededor de una gran hoguera formada de gruesos maderos que producían ardientes llamas. Los que tomaban parte en la danza permanecían de pie al rededor del fuego, iban vestidos con sus mejores trajes y ostentaban como adornos ramas de abeto: en el fondo estaban sentadas las mujeres y el resto del local ocupábalo la apiñada multitud de curiosos espectadores. Un indio dirigía desde un sitio elevado la fiesta que consistía principalmente en un coro cantado en alta voz y acompañado con redobles de tambor y con el golpeo de dos palos: hacía las veces de timbal una caja de madera pintada de varios colores y cubierta por un lado con una piel. De cuando en cuando el canto era interrumpido por exclamaciones y por lacónicas preguntas y respuestas; hechas las cuales avanzaban nuevamente todos los participantes de la fiesta hacia el fuego haciendo gestos salvajes, mostrando los puños y golpeando el suelo con los pies. Después de esto dejóse caer entre los circunstantes por el ojo de la chimenea el gran baúl del difunto camán: los distintos objetos en él contenidos, como las máscaras, los sonajeros, los tambores, etc., fueron sacados uno á uno y mostrados á la asamblea entre cánticos continuados. De repente y cuando el estrépito había llegado á su más alto grado un joven indio en éxtasis supremo atravesó las filas de los cantores y después de algunos movimientos convulsivos cayó al suelo al parecer sin sentido: era el nuevo camán.» Estas danzas se ejecutaban durante tres noches consecutivas, en una de las cuales el nuevo camán hacía gala de su arte ejecutando al rededor del fuego la danza del conjuro. El insomnio, el ayuno y el uso de narcóticos le disponían para el éxtasis.

Entre los indios orientales tumas del Norte de Gila observó Corbusier en 1874 la siguiente ceremonia para apartar de sí la epidemia que en aquel entonces diezaba la reservación de Cabo Verde. Todos los médicos de la reservación se reunieron y construyeron con ramas una especie de glorieta debajo de la cual dibujaron sobre la arena con polvos de distintos colores, hojas pulverizadas etc., el «país de los espíritus» (el sol?) trazando alrededor de un disco circular de tierra encarnada y de unos 30 centímetros de diámetro varios círculos concéntricos de los cuales partían rayos en dirección á las cuatro regiones celestes. Entre estos rayos aparecían dibujadas varias pequeñas figuras humanas todas ellas con una pierna ó un brazo ó un miembro cualquiera de menos y con los pies dirigidos hacia el círculo más exterior. Después de un canto solemne un anciano se puso á dar vueltas sacando de una bolsa de cuero un polvo amarillo con el que espolvoreaba las figuritas hu-

manas y en esta faena, siguiendo las advertencias de los circunstantes, en cada una de aquéllas imaginaba un nuevo miembro. Luego repitió su paseo y de cada figura tomó un pellizco del polvo amarillo que antes había arrojado junto con un poco del polvo etc. con que estaba dibujada la figura. De esta suerte todos los conjuradores cogieron un poco de esta mezcla de polvo que guardaron respetuosamente. Por último se permitió que el pueblo hiciera otro tanto y como todos se frotaron el cuerpo con los restos del dibujo muy pronto desapareció todo vestigio de éste.

Entre los indios no siempre el cargo de camán era hereditario en una familia como es costumbre entre los polinesios; esto no obstante como á tal lo encontramos entre



Momia envuelta en vestiduras, de Ancón (según Reiss y Stubel)

los *nez percés* (narices agujereadas) del Oregón, entre los *tscherokis*, los *tschoktahes* y la mayoría de las tribus sud-americanas. El totem sacerdote de los *tscherokis* abusó tan impudicamente de su posición en provecho propio que fué exterminado y en su lugar nombró el pueblo á un nuevo sacerdote en cuya familia se perpetuó la dignidad sacerdotal. El alma del sacerdote emigraba y cada vez que regresaba de los supraterrrales éliseos ocupaba un rango superior. Los dakotas tenían una bella leyenda según la cual el alma del sacerdote era llevada por el viento y en forma de alada semilla al cielo en donde aprendía á conocer á todos los dioses y adquiría el conocimiento de todas las artes y ciencias que podían serle de utilidad, después de lo cual volvía á nacer: durante cuatro encarnaciones de estas aquella alma renacía cada vez más poderosa, pero después de la cuarta volvía al seno de la nada. En las grandes comunidades de los mejicanos y de los peruanos, los sacerdotes constituían jerarquías severamente organizadas y sólidamente desenvueltas: en ellas se ensanchaba la esfera de sus dominios y en ellas aprendía el sacerdote á mezclar los colores, á pintar, á dibujar jeroglíficos, la música, la astrología y el orden riguroso de la cronología. Sus funciones no aparecían interrumpidas según las necesidades de momento, sino que había santuarios en los cuales debían hacer algunos sacerdotes perenne guardia. El celibato era obligatorio para algunos de ellos. Los sacerdotes se distinguían de los demás hombres por sus trajes especiales: entre los *krihkes*, según Bartram, los sacerdotes y los que para tales se educaban llevaban largos y



blancos ropajes y daban, además, á conocer su condición sagrada por su digno continente. Finalmente tenían por regla general un lenguaje propio; por esto en Méjico y en el Perú hacíase el culto divino en un idioma desconocido para el pueblo. Pero á juzgar por las investigaciones que se han hecho acerca de estos idiomas entre los dakotas y los esquimales, lo desconocido se reduce á un acento y pronunciación especiales y á la elección de palabras y modismos extranjeros.

Los hechiceros, sacerdotes, médicos ó como se les quiera llamar, de la América del Sud, que se denominan *piáís* y *piachos* en Guayana y en el territorio septentrional del Amazonas y *bruches* y *machiles* en Chiloe, practican las mismas manipulaciones que los de la América del Norte y aun que los malayos que tan lejos de allí habitan. Son en primera línea médicos hechiceros que chupan la enfermedad por medio de cantos y de convulsiones ó bien con algunas infusiones de hierbas. He aquí algunos de los métodos terapéuticos por ellos empleados: Crevaux vió entre los apalais de Guayana que el primer enfermo, rodeado por varios espectadores que tomaban parte en la cura, se situó en un *cololo* delante de la cabaña mientras el hechicero se encaramaba y encerraba en una especie de jaula hecha con hojas de palmera que había sido levantada en un rincón expresamente para él. Tras un momento de ansioso y sepulcral silencio el de dentro de la jaula dejó oír sus evocaciones mágicas y después de haber producido un ruido chillón frotando con fuerza algunas hojas duras empezó á imitar los distintos sonidos de la selva, tales como el rugido del tigre, el silbido del mono y de la serpiente, el grito del mochuelo y el graznido de otras aves: el hechicero que se mostraba infatigable en sus gritos atronadores poníase por medio de ellos en comunicación con sus auxiliares del reino animal. Después de un nuevo rato de profundo silencio, el hechicero entonó una canción y empezó á dar patadas en el suelo, hecho lo cual procedió al tratamiento del paciente comenzando por arrojar humo de tabaco sobre la parte enferma, chupando luego en ella y prescribiéndole por último una porción de reglas sencillas de dieta, basadas principalmente en la prohibición de comer carne de grandes animales. Esa jaula mágica la encontramos con frecuencia en el Norte desde la bahía de Hudson hasta Anahuac en forma de pequeña choza cilíndrica cubierta de pieles. El propio viajero presencié, en otra ocasión, el tratamiento de un enfermo desahuciado: el *piáí* penetró en su cabaña armado de un pequeño arco y de una pequeña flecha y á los pocos minutos salió mostrando con aire de triunfo la flecha ensangrentada y diciendo que había castigado con la muerte al hechicero enemigo que había sido causa de la inevitable muerte de aquel hombre. J. A. Spring vió á los sacerdotes pimas lanzar al aire pintadas flechas disparadas con arcos pintados para matar la enfermedad. Los hechiceros pueden también ver á los ladrones en un trozo de cristal ó de vidrio. A pesar de esto, no dejan de tomarse algunas medidas más racionales contra las enfermedades, mereciendo ser mencionados en primer término los baños fríos y de estufa, el masaje y golpeo de las partes doloridas y las incisiones cutáneas hechas con piedras afiladas. La madera de guayaco, la ipecacuana y un sinnúmero de purgantes que se administran con preferencia en las consagraciones de la pubertad, son remedios conocidos por los médicos americanos, entre los cuales los hay dotados de buen sentido que emplean el método de la experimentación. No es, pues, del todo infundada la fama de que algunos gozan entre los europeos de poder realizar maravillosas curas. En el territorio de los cuaiques encontró

André una aldea que se había preservado eficazmente de la viruela no comunicándose con el resto del país más que por un puente de lianas.

Muchos eran también los procedimientos concretamente prescritos que en parte se repetían con frecuencia y que hacían que el oficio de camán distara mucho de ser descansado. El *maké* de los pimas comienza por acotar el terreno en que se supone reside el mal hechizo y da vuelta alrededor del supuesto lugar embrujado trazando circunferencias cada vez mayores hasta que dice haber tocado el límite del predio sujeto á la influencia del hechizo en donde con sus auxiliares clava una porción de palos pintados con colores minerales, especialmente ocre, para evitar que huya el mal espíritu á cuya busca consagra entonces todos sus esfuerzos. Todas las cabañas son minuciosamente registradas, todos los obstáculos, tales como vallas y otros, derribados, los matorrales arrancados, los árboles huecos fumigados etc., hasta que por último el médico da con el mal espíritu que generalmente consiste en un pedacito de madera envuelto en pelos de caballo y en paños encarnados y que es destruído tan rápidamente como se puede por medio de las llamas después de varias ceremonias.

Además de estos trabajos que de cuando en cuando se reproducen, encontramos las fiestas religiosas periódicas cuyo centro es también el médico alrededor del cual canta, baila y se entrega á movimientos convulsivos el coro de hombres y á menudo el de mujeres. Con frecuencia acompaña en esta faena un joven que ha de repetir todas las palabras difíciles de descifrar que pronuncia el extasiado imitando todas las voces de los animales y todos los sonidos de la selva. Luego aquél se retira de nuevo á la soledad ajustándose al bello ideal de los tupis, quienes refieren que un profeta vive en la montaña resplandeciente como el oro solo con su perro y únicamente en los eclipses de sol, durante los cuales su perro ladra, vuela en forma de pájaro por encima de las aldeas de los hombres para ver las modificaciones ocurridas.

Ya hemos hablado de la aplicación del agua como medio de purificación y de expiación: de esto al bautismo es tan corta la distancia que los indios idólatras que habitan cerca de los cristianos hacen uso del que para éstos es sacramento como si fuera uno de tantos hechizos suyos. Las enfermedades son alejadas con palabras, aventadas con plumas de águila, chupadas y escupidas. Para chupar la materia morbosa emplean frecuentemente los sacerdotes tubos de hueso: todavía en 1856 presencié F. G. Kohl una de estas curas entre los *odschiwahes*. También servían para este objeto tubos de pizarra perforada que Schoolcraft tomó por telescopios. Las fumigaciones hechas con materias fuertes ó narcóticas (en el Sudoeste, por ejemplo, con la corteza de una especie de *Drimys*) aceleraban el vértigo del oráculo. El caudillo tomaba asimismo á su cargo esas purificaciones; por esto Crevaux, en una aldea de los *yakumanes* del Yari, vió al caudillo recorrer las calles de la misma haciendo aspersiones con un pincel de plumas que mojaba en una calabaza llena de un líquido blanco lechoso que no era otra cosa que el jugo del tubérculo *sambutu* (col Caribe) diluído en agua. El tal individuo al hacer sus aspersiones destinadas á arrojar á un espíritu, tomó todo el aspecto de un cura rural bendiciendo los campos en día de rogativas.

Los adeptos perfectos de este sacerdocio son maestros consumados en el magnetismo animal, en la ventriloquía y en los juegos de manos. Ya á principios de este siglo nos describe Carver, hablando de los médicos norteamericanos, producciones completamente espiritistas y algunos de los

hombres ilustres de esta clase, como el bisabuelo de Black Hawk, poseían en alto grado ciertas dotes místicas, especialmente la denominada doble vista. Los observadores imparciales como Schoolcraft refieren que algunos indios perdían el sentido con sólo que los médicos les pasaran las manos por el cuerpo y otros caían inmóviles por un golpe dado delante del pecho. Es indudable que para todo esto tienen en su favor cierta predisposición de parte del público: uno de los padres que escribieron las relaciones de la *Nouvelle France* hace la siguiente afirmación: «Si es verdad que cada hombre tiene dentro de sí un granito de locura, en los individuos de este pueblo el granito se convierte en media onza.» El baile de San Vito y el histerismo con caracteres de epidemias han llegado á destruir aldeas enteras. Esta predisposición constituía el fundamento principal del poder extraordinario que sobre los indios ejercían los médicos y que no cesaba ni al borde del sepulcro, como de ello es buena prueba el miedo que sus tumbas inspiraban.

Constituye indudablemente uno de los más notables fenómenos la uniformidad de las costumbres relacionadas con la muerte en toda la América, uniformidad que nada, quizás, demuestra tan claramente como el hecho de encontrarla casi incólume entre los fueguinos, es decir, en la tribu más miserable y al propio tiempo más distante de todos los americanos. En la Tierra del Fuego encontramos (véase pág. 90) reunidos todos los rasgos fundamentales: los alaridos de los funerales, el cortarse los cabellos, el herirse con afiladas conchas, el pintarse el rostro siguiendo rigurosamente un sistema prescrito, el sepelio del cadáver doblado y atado con cuerdas, la destrucción de la choza en que ha ocurrido el fallecimiento. Estas ceremonias practicadas en territorios y por poblaciones tan miserables sorprendieron de tal suerte á los observadores que no creyeron poder explicar el sepelio del cadáver en forma de momia, por ejemplo, más que por la pereza y falta de instrumentos de los fueguinos para quienes, en sentir de aquéllos, hubiera sido cosa punto menos que imposible enterrar á los muertos estirados.

Entre los pueblos vecinos encontramos distintos sistemas de enterramientos que son simples variantes de unos pocos tipos. En Méjico, los *chichimekes* y los *otomis* practicaban la cremación de los cadáveres como los mayas; en cambio los *miztekes*, los *zapotekes* y los *mixes* los enterraban. En Guayana, los *rukujennes* quemaban á sus muertos, al paso que los *oyampis* los sepultaban en un agujero profundo y de un metro apenas de longitud, colocando el cadáver verticalmente con las piernas, los brazos y la cabeza doblados en la misma postura que el feto en el seno materno. Algunas veces se dejaba que los cadáveres se pudrieran en el bosque enterrando al cabo de un año los huesos en un gran cacharro de arcilla. Los *guaraunos* del delta del Orinoco tampoco suelen enterrar á los muertos porque apenas ahondan un metro en el suelo se encuentran con una capa de agua; así es que al lado de algunas cabañas vense grandes fardos envueltos en hojas de palmera conteniendo cada uno un cadáver colocado en unos armatostes hechos con gruesas ramas puestas en cruz y clavadas en el suelo. En un mismo cementerio hallamos bastante variedad en punto á la colocación y sepelio de los cadáveres. En Madisonville descubriose en 1878 á 1880 un gran cementerio y se desenterraron más de 400 esqueletos enterrados en distintas posiciones, algunos de ellos en ceniceros de objeto desconocido y muchos mutilados faltándoles, por ejemplo, el cráneo ó los maxilares. En las

sepulturas de California no encontró Schumacher una orientación fija de los cadáveres aunque parecía que el rostro de éstos estaba dirigido al horizonte más lejano, es decir mirando al mar si el sepulcro estaba en la costa y á la boca del valle si estaba enterrado en éste. En la pequeña isla de Terranova se verificaban los sepelios lo mismo en plataformas que en fosas profundas y en ambos casos los cadáveres estaban envueltos en cortezas: en esta isla, sin embargo, habitaban temporalmente, además de sus indígenas, algunos *mikmakes* y esquimales, lo cual puede, quizás, explicar esta mezcla de formas de sepulturas y de prácticas en materia de sepelios. Sólo de algunas tribus de condición muy baja, como los *pend d'oreilles* del Oregón, se dice que carecen por completo de costumbres funerarias y por ende de noción de una supervivencia, pero las memorias que esto consignan no pueden ser admitidas sin reserva.

La costumbre de enterrar los cadáveres doblados, es decir en cuclillas, y envueltos en pieles, esteras ó cortezas está mucho más extendida que las demás, incluso que la de la cremación. Morton afirma que aquella costumbre, comparada por Dobrzhoffer con la posición uterina del feto, prevalecía antiguamente desde la Tierra del Fuego hasta el Canadá, pero Waitz hace notar con razón que tal grado de uniformidad no ha existido seguramente en ningún tiempo. Lo que es cierto es que tal sistema de enterramiento aparece mencionado en las más remotas comarcas de América y que modernamente ha ido perdiendo mucho terreno. La forma más pura de este sistema la encontramos en los sepulcros peruanos: en Ancón casi todos los cadáveres están puestos en cuclillas, con las rodillas atadas al cuerpo y los dedos de las manos y de los pies retenidos por cintas pasadas por entre los mismos. Entre los pueblos *jinetes* de la América del Sud que envuelven sus cadáveres en pieles frescas encontramos la misma costumbre, no repugnándoles lo más mínimo romper los huesos para poder atar al cadáver lo más estrechamente posible, lo cual explica por qué las *huacas* contienen á menudo huesos rotos. El afán de reducir las sepulturas al menor espacio posible explica el hecho de que esta forma de enterramiento de los cadáveres vaya generalmente unida á los sepelios en masa verificados en panteones de familia. En los sepulcros californianos los esqueletos eran colocados lo más cerca posible unos de otros, y cada uno de ellos doblado y envuelto en esteras ocupaba reducidísimo espacio. Esta manera de colocar á los cadáveres traía consigo el sepelio en urnas que encontramos desde los *guaraníes* hasta la América del Norte. Burmeister dice: «Los *guaraníes* enterraban á sus muertos en urnas cocidas al fuego: eran éstas grandes y de distintas formas y algunas de ellas han sido encontradas vacías y con el orificio vuelto hacia abajo en sitios en donde más tarde había de enterrarse á alguien.» Las observaciones de Berendt parecen demostrar que esta forma de sepelios no era sino una modificación del enterramiento del cadáver puesto de cuclillas; en efecto ese autor encontró en un gran cementerio de San Jerónimo (América central) á los cadáveres enterrados unos por el sistema peruano puro y otros metidos en grandes urnas. En el campo santo de Madisonville se han descubierto urnas funerarias con 2, 4 y hasta 8 asas. En Tucumán los cadáveres de los niños eran, según parece, enterrados en cestas abiertas.

La momificación no es en modo alguno patrimonio exclusivo de los peruanos y demás pueblos de las mesetas ni de los que doblan los cadáveres para enterrarlos. Con razón ha hecho notar Virchow en presencia de varias momias atadas con cuerdas según el sistema peruano que se han encontrado en el Brasil, por ejemplo en la cueva Babilonia